



NO ES LEY DE VIDA

Reflexiones sobre el cáncer
y el sistema que lo propaga

Editorial Doble Vínculo
(publicaciones antiautoritarias desde Santander)

Título: *No es ley de vida. Reflexiones sobre el cáncer y el sistema que lo propaga.*

Autoría: Anónima.

Edita y distribuye: *Editorial Doble Vínculo*

(publicaciones antiautoritarias desde Santander)
editorialdoblevinculo@hotmail.com

Primera edición: 2020

Animamos a la reproducción total o parcial de éste y cualquier texto para su debate y/o difusión sin necesidad de reconocimiento o referencia alguna.

La distribución anticomercial es una forma de crear canales y estructuras de difusión, no jerárquicas y sin ánimo de lucro, para la extensión de materiales críticos con lo establecido.

Contra los derechos de autor, el copyrighth, el copyleft y el creative commons.

NO ES LEY DE VIDA

Reflexiones sobre el cáncer
y el sistema que lo propaga.

La vida no será igual ya. Eso está asumido. Nada será igual sin ti. Lo cierto es que se pierden motivos a diario, por cada segundo que corre. Se van personas bellas a causa de un malestar generalizado que se presenta con un eslogan publicitario: «Es ley de vida». Ni el cáncer, ni tu muerte, ni el hecho de que ésta llegara antes de que tú partieses, fueron leyes que determinen la vida. La vida no entiende de leyes.

I.

De qué sirve permanecer en vida si ésta ya se ha ido, de qué sirve permanecer en ella si no sacamos fuera lo que clama por salir, si no guardamos dentro lo que nos sana tener guardado. Todo es demasiado abstracto, cierto. Un amante de la razón diría que no hay fundamento, un psiquiatra probablemente lo mismo. Un consagrado del ámbito universitario albergaría una risa prepotente que no tardaría en sacar fuera para permitir aliarse con la multitud y repetir como un loro «Eso carece de base científica». Sí, sin ninguna duda. De la misma forma, un amante de la holística, un psicoanalista, fans de lo esotérico y gurús de la medicina natural darían más importancia a lo que realmente tie-

nen unas cuantas palabras vertidas a modo de terapia.

Perder a alguien es como hacer equilibrios. Si vas por la cuerda necesitas mirar al frente para no caerte. Es cuestión de supervivencia. Tu energía pende de un hilo y puede venirse abajo en cualquier momento. Sientes culpabilidad por no mirar debajo de vez en cuando, pero sabes que hacerlo puede conllevar caer y quién sabe cuándo... Aun así, de vez en cuando miras de reojo. Entonces, el duelo avanza en pequeñas dosis espaciadas por burbujas de evasión.

Existen fases de un duelo que la psicología identifica como partes de un camino por las que toda persona pasa al perder a un ser querido. Otro ejemplo de su irremediable empeño en homologar el sufrimiento, darle un significado generalizado y dividirlo en trocitos para intervenir mejor sobre la situación. Las fases del duelo permiten al profesional facilitar un trabajo que, independientemente de

la intención de la persona que actúa detrás del papel que interpreta, contribuye a facilitar la vuelta a la «normalidad» de la persona que llora la ausencia de un ser querido. Sin embargo, todo eso no es necesario cuando aceptas que no hay nada que superar, cuando entiendes que no hay ninguna fase que pasar, porque no hay nada de malo en sentir, en sufrir la pérdida, en echar de menos. La amistad y el apoyo entre iguales diluyen el duelo más allá del concepto clínico, dando rienda suelta a la necesidad de desahogo que la persona tiene en ese momento. Esa es la experiencia hasta ahora. Nadie siente de la misma forma ni bajo el mismo ritmo, nadie manifiesta su dolor de la misma manera, pero todas aún somos capaces de sentir.

Y si bien la realidad proteiforme de un entorno patógeno se compadece mal con las esperanzas de salvación por la tecnología y con los fervorosos llamamientos ciudadanos a la vigilancia de la administración, es en cambio muy propicia para la multiplicación de obsesiones higienistas y sanitarias, para que cada cual tenga que bregar constantemente para preservar una salud que queda casi del todo fuera de nuestro alcance. Esta falsa conciencia narcisista privatizada, de peligros muy reales, mueve ya un vasto sector de la producción mercantil (desde los productos ecológicos hasta la parafarmacia).

Catastrofismo, administración del
desastre y sumisión sostenible.
René Riesel y Jaime Semprun

II.

La salud está en un callejón sin salida. Cualquier forma, fórmula, solución o receta que se pretenda vender dentro de este sistema es una invitación a escapar, una reserva.

«Tu felicidad depende de tu capacidad de autoengaño», ya lo dijeron algunos. Tanto la medicina oficial como la natural se asientan sobre la base de que es posible estar sana en la sociedad en la que vivimos si tenemos esperanza en que nuestros hábitos cotidianos, marcados por una serie de conductas a seguir, nos vayan a mantener a salvo. Una ilusión, como tantas otras, asentada en una concepción individualista, egoísta, que fomenta la culpa neurótica sobre nuestros

cuerpos, así como el desapego con los problemas sociales que rodean nuestro entorno más cercano y el de aquellos que también habitan el planeta en cualquier rincón de su extensión. Un componente de clase está presente en todo este fantasma de la salud capitalista. Cuidarse, tal y como lo entendemos hoy en día, cuesta dinero. Eso no se lo puede permitir cualquiera. Comprar arroz integral ecológico o sustitutivos del azúcar refinado, acudir a una psicoterapia alternativa en donde no te acribillen a pastillas, o simplemente, tener tiempo para una misma, para atender el cuerpo, no es tarea fácil para quien sufre la violencia de la desigualdad social o el trabajo asalariado, ya sea en su versión más estable, o peor aún, en su versión precaria. La cosa se complica todavía más si, desde tu condición de mujer, tienes asumidos unos roles en los cuidados y en el ámbito doméstico que todo el mundo da por hecho que tienes que cumplir. Nadie aquí duda de que los pequeños actos sobre nuestro cuerpo pue-

den jugar una baza importante en la batalla por nuestra salud, incluso inclinar la situación para un lado o para otro en momentos críticos. Lo que está claro es que estos actos, por sí solos, no son más que pienso para ganado, esperanza para religiosos, estupefacientes para quienes no quieren ver. Son planes de austeridad como los que nos impone el poder en tiempos de reestructuración capitalista, en tiempos de la llamada crisis. Las consecuencias de este pensamiento derivan en sentirse culpable por abrir el grifo más de lo debido, mientras el agua se derrocha en campos de golf. Sentirse culpable por caer en los excesos del consumo de ocio y sustancias adictivas y/o tóxicas, mientras cada calle es un escaparate que incita a ello. Sentir que es «ley de vida», una «lotería», que un cáncer crezca en tu cuerpo, mientras envenenan nuestros alimentos y el aire que respiramos, con el fin de que el mercado y la producción no paren por nada ni por nadie, etc.

La salud nunca puede ser completa en un organismo que interactúa con el entorno en el que habita. La totalidad y la pureza no existen; por eso es sano aceptar que los paraísos tampoco. Ni los que promete la medicina oficial, ni los que prometen quienes pretenden mercantilizar saberes ancestrales de carácter terapéutico por medio de consultas alternativas, esoterismo y escaparates de herbolario. El engaño no reside en el contenido de la promesa, sino en el mismo acto de prometer.

Hay muchas personas en nuestra sociedad que están agotadas de vivir. Ya no pueden más y su manera de demostrarlo no es necesariamente perseguir el suicidio de forma explícita, sino llevar a cabo conductas autodestructivas que merman la vida poco a poco. En este contexto, en ocasiones el cáncer no es más que una última etapa de todas las que acompañan a un organismo plagado de toxicidad, un síntoma final de las pocas ganas de vivir de la forma en que se vive.

No hay estadísticas para estas afirmaciones, sólo interpretaciones en base a experiencias cercanas de cómo un suicidio puede llevarse a cabo por omisión, por agotamiento, y no sólo por una decisión activa de dejar de vivir. Culpar a las personas por no encontrar energía ni motivos para levantarse y cambiar sus hábitos tanto desde la posición que naturaliza el cáncer y lo deja en manos del destino o la determinación genética, como desde la que fuerza a la persona que está sufriendo a hacer deporte, salir y relacionarse, comer alimentos «Bio» y con sello ecológico como requisito imprescindible sólo contribuye a individualizar nuestro dolor y a invisibilizar lo político que hay en las causas de nuestro malestar. Ya sea por nacer con genes supuestamente destinados a tal ocaso, o por llevar una vida insana desde los ojos que juzgan, el punto de mira se sitúa en la propia persona como máxima responsable de su propia enfermedad. Nuestro punto de partida puede ser la negación de este determinismo. Este mundo se nos escapa de las manos, no tene-

mos respuesta para todo, pero sí para señalar que nuestros enemigos no somos nosotros. Son las tabacaleras, las farmacéuticas, los medios de comunicación, la publicidad, el patriarcado y toda aquella estructura que se lucra con el sufrimiento ajeno.

En el año 2006 se publicó el libro *El secreto*, de Rhonda Byrne. Sería uno de los pistoletazos de salida de todo este ejército de libros de autoayuda que promueven el conformismo, el machaque egocentrista, la obediencia y la resignación social. En este sentido, «la dictadura del pensamiento positivo», que critica la ensayista y activista Barbara Ehrenreich, se extiende a través del discurso oficial para colarse entre los círculos sociales más cercanos. Esta herramienta de control social fue desmontada por Ehrenreich tras sufrir en sus propias carnes la presión social que supone contraer un cáncer. Barbara lo superó.

El cáncer no es algo exclusivo de nuestra época. Un organismo pluricelular como el

nuestro es susceptible de contraer tumores malignos que acaben conquistando el cuerpo a través de la metástasis. Esto es así desde mucho antes de que surgiera el capitalismo. A su vez, los factores biológicos son una realidad, no hay por qué negarlo. Además, el aumento de la esperanza de vida occidental posibilitada por el desarrollo ha supuesto que el deterioro de los cuerpos se manifieste en un cúmulo de enfermedades que surgen a raíz del desgaste de los organismos con el paso de los años. Todos estos apuntes, si bien son ciertos, a menudo son utilizados con insistencia por el discurso oficial como argumentos en contra de quienes, con más o menos acierto o credibilidad, quieren señalar las causas de la enfermedad en un plano más social, ambiental y político. No son necesarias ni las conspiraciones, ni desmentir tales afirmaciones, para defender que el cáncer, en las dimensiones en las que se conoce hoy en día, se presenta como una epidemia moderna. No su existencia, sino su extensión.

En Cantabria, el cáncer es la principal causa de mortalidad desde 2012 según el ICANE¹ (Instituto Cántabro de Estadística). Sin embargo, Cantabria no es ni una mina de carbón, ni un campo de agricultura intensiva, ni un pueblo del delta del Níger. No hay responsables claros ni directos, no queda rastro de las vidas que se van. En efecto, como dicen algunos, Fukushima está en todas partes y las epidemias también son susceptibles de ser globalizadas. Por supuesto, no vamos a comparar las posibilidades de enfermar que tiene una persona que reside en cualquier ciudad de la península, incluso si son como Madrid, Avilés o Torrelavega, con el aire que respira un habitante del delta del Níger, cuyo territorio se ve totalmente envenenado por la ex-

1. En el año 2017 el INE (Instituto Nacional de Estadística) recoge como principal causa de muerte los tumores en varias comunidades como Cantabria: País Vasco, Navarra, Catalunya y Madrid. En el resto del estado la primera causa son las enfermedades circulatorias. El suicidio se mantuvo como la primera causa de muerte externa, como así lo llaman. Los fallecimientos por causa externa comprenden además el ahogamiento, sumersión y sofocación, caídas accidentales y accidentes de tráfico.

tracción de petróleo por parte de empresas como Shell².

Una población sin mucha posibilidad de escapar o encontrar soluciones al respecto, debido a la seguridad de los barrios residenciales en donde se atrincheran los ricos que gestionan su territorio, expoliándolo con descaro. Está claro, existen diferencias. En una sociedad donde lo monetario prima sobre todo lo demás, los contenedores se ubican estratégicamente. Quien tiene la suerte de nacer en uno de ellos, tiene la desdicha de no poder elegir entre tofu o quinoa para cenar.

Lo «no sensible» se impone con fuerza en todos los aspectos de nuestra vida. Para permanecer en este mundo y vivir bajo estas condiciones de miseria, no necesariamente material, sino también relacional y afectiva, es necesario volverse insensibles. Todos lo hacemos para soportar. Esta idea está muy

2. *Delta en revuelta: piratería y guerrilla contra las multinacionales del petróleo*. Editorial Bardo, 2012.

bien reflejada en el libro de Gunther Anders, *El piloto de Hiroshima*³, una publicación de una belleza incalculable. En dicho escrito, Anders escribe sobre cómo nuestra capacidad de sentir no alcanza a ser consciente de las atrocidades en masa que el poder, a través de la historia, comete en su carrera por perfeccionar la administración de la vida, el dominio del planeta. Normalizamos e integramos la violencia y, con ello, paralizamos la capacidad de empatizar. Esto ocurre cuando dicha violencia pasa a toda velocidad en forma de información; fría, aséptica, cotidiana y anónima como un pasillo de hospital. Nada nuevo para algunos, morralla teórica para otros. Sin embargo, es ésta la base sobre la que podemos desmontar los argumentos que patologizan las distintas formas de expresión del descontento, como pueden ser muchos de los síntomas que a veces nos llevan a caer enfermas. En resumidas cuen-

3. *El piloto de Hiroshima. Más allá de los límites de la conciencia*, correspondencia entre Günther Anders, filósofo alemán autor de *La obsolescencia del hombre*, y Claude Eatherly, uno de los pilotos que participó en el lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima.

tas, la sensibilidad hoy en día se paga caro. Quien conserva algo de ella corre el riesgo de sufrir, pero aún más, corre el riesgo de estar vivo.

Son incontables los casos de aumento de cánceres en territorios afectados por algún tipo de actividad industrial. Esta incidencia puede ser comprobada incluso buscando datos oficiales cuyos autores no tienen ningún interés en causar escándalo ni perturbar la seguridad ciudadana con certezas contaminantes. En todo estado-nación que se precie podemos encontrar ejemplos de poblaciones que experimentan el cáncer en su cotidianeidad , así como de una forma más descentralizada, lo hacemos nosotros en el presente, en dónde el cáncer no es algo desconocido para nadie en cuanto a sus cercanas y conocidas.

Entonces, si algo tan obvio es conocido por todos sin la necesidad de llegar a ser emprendedores de I+D, expertos en biomedici-

na, energía nuclear o desempeñar cualquier otro papel de autoridad en la actualidad, ¿por qué aceptamos la «ley de la vida» con la que nos sentenciamos en cada pérdida? Buscar responsables y señalarlos a la cara es terapéutico. Quitarnos la determinación médica que a día de hoy posee una supuesta capacidad de predicción, también lo es. ¿Por qué es tan importante que realmente existan personas que tengan predisposición genética o biológica para contraer tumores de carácter maligno? ¿Acaso existe el mismo interés en eliminar los determinantes externos del cáncer de pulmón, de colon, de laringe, de mama... que el que existe en predecir quién corre riesgo de contraer tal enfermedad en el futuro? ¿Por qué tienen más relevancia las investigaciones que supuestamente buscan una cura para el cáncer que las que destapan las consecuencias de la contaminación en la salud de las comunidades? ¿Es acaso más loable la primera que la segunda? Una posibilidad es que la primera es productiva, genera ingresos y, por lo tanto, encaja en el

rumbo marcado. La segunda puede suponer cuestionar ciertos pilares del capitalismo: la extracción de «recursos naturales», la producción industrial, la explotación asalariada, la guerra, la energía nuclear... En el peor de los casos, puede suponer el cuestionamiento de las fuentes que contaminan los pueblos, la denuncia de las empresas que causan daños sanitarios en la población.

Los expertos médicos e investigadores en estas cuestiones, a través de sus discursos oficiales, suelen destapar su arrogancia cuando algún matiz crítico interfiere en su monólogo. El saber académico acostumbra a ridiculizar dichas posturas. Lo más fácil suele ser el etiquetaje, el diagnóstico, algo que saben hacer muy bien gracias a su práctica laboral. Se suceden calificativos como «edad de piedra», «enajenadas», «conspiración», «carente de base científica», «ignorantes», «totalitarios»... No hay manera de establecer un diálogo que posibilite una comunicación real pues son posturas enfrentadas que no caben

juntas en un mismo espacio. Nuestra falta de crítica con argumentos, nuestra falta de capacidad comunicativa y el peso de la autoridad académica suponen obstáculos para sembrar la duda en un mundo dogmático, compuesto tanto por religiosos de la ciencia como por amantes del entretenimiento conspiranoico que hoy se puede encontrar por internet. Son dos polos aparentemente opuestos que se retroalimentan. Aquellos que dedican todo su esfuerzo y dedicación en encontrar en los genes una respuesta para cada enfermedad, practican el totalitarismo sobre el que tanto se apoya la democracia para encerrar cualquier expresión de radicalidad⁴. Lo hacen cuando subestiman los factores sociales del cáncer en pos del

4. La «radicalidad» es un concepto, como tantos otros, desvirtuado en su origen. Por un lado, por el discurso oficial y la opinión pública es entendida como sinónimo de extremismo, de violencia. Lejos de acertar, en los movimientos sociales, pero especialmente en los que se autoproclaman como tales —antagonistas, rupturistas, revolucionarios, etc.— también se considera erróneamente que un hecho es más radical en relación al grado de violencia que le acompaña. La radicalidad es ir a la raíz del problema, nada más. No necesariamente conlleva la necesidad de violencia en su demostración.

paradigma biologicista. Aquí hay que decir que, incluso a día de hoy, podemos saber que los factores genéticos en los seres humanos vienen condicionados por las formas de vida y el contexto social de los individuos que les anteceden. No estamos, por lo tanto, caminando hacia la salvación de las personas frente a la epidemia del cáncer, sino hacia la salvación del capitalismo mediante la individualización de los problemas sociales. Pero basta de abstracciones.

Hablemos de Chernóbil⁵. Después de la «catástrofe» los expertos científicos enviados por los gobiernos y por las organizaciones internacionales no reconocían la existencia de problemas de tiroides, negando los cánceres que se estaban produciendo. Más tarde los reconocieron, aunque no su origen radiactivo. Con el paso del tiempo admitieron que los cánceres eran consecuencia

5. Roger Belbéoch, *Chernoblues: de la servidumbre voluntaria a la necesidad de Servidumbre*. Malapata ediciones & Biblioteca Social Hermanos Quero, 2011.

de Chernóbil. Dos mil niños afectados por cáncer de tiroides son perdidos en la memoria, secuestrada por los medios de comunicación. Lo grave de esto es que incluso si en este mismo instante las cadenas retransmitiesen la noticia con tanto afán como difunden los avances en robótica o en trasplantes de órganos, daría igual. El pasado no se conecta con el presente, y que en Bielorrusia y Ucrania sigan existiendo consecuencias no cuantificables en la salud de los niños a causa de aquel abril de 1986, no hará que nos opongamos a las centrales nucleares que están en construcción. Los expertos nos protegen. Ya dijeron que no volvería a pasar, pero volvió a pasar. En 1989, el entonces responsable de protección radiológica francesa tras una visita a Chernóbil afirmó que, entre todo lo negativo, encontraba como algo positivo que se ampliaran los contactos internacionales en el terreno de la energía nuclear como consecuencia del «accidente». Pero como decíamos antes, el «accidente» es cotidiano y no se reduce a un lugar en

concreto. En 1956, Alice Stewart halló un aumento de cánceres y leucemias en niños que habían sido irradiados *in utero* por las radiografías pélvicas de las madres durante el embarazo. Es decir, ni la energía nuclear se reduce a una central, ni el cáncer a un desastre concreto.

Existen muchos ejemplos de gente valiente que a lo largo de la historia ha arriesgado su carrera profesional, su libertad y/o su vida para destapar verdades incómodas. Sin embargo, no es tarea de este escrito describir una batalla numérica de casos a favor y en contra de lo que se defiende, sino reflexionar en base a nuestras experiencias cercanas sin ningún tipo de respaldo científico, ni ningún interés en adquirirlo.

La manera de abordar el cáncer que tiene esta sociedad se basa en radiar, amputar y medicar. Muy bien, es claro que la agresividad es lo que mejor puede caracterizar dicho proceso. Sin embargo, resulta ciego

plantear que estos tratamientos de la medicina moderna son inútiles, puesto que la realidad nos acerca a nuestro entorno más próximo personas queridas que siguen junto a nosotras gracias a dicha violencia ejercida sobre sus cuerpos. Es esto quizás lo que nos puede ayudar a entender por qué las personas asumimos pasar por dichos procesos tan dolorosos. Porque sabemos que existe posibilidad de salir a flote y pasar el mal trago. Existen ejemplos de personas que aceptan el tratamiento y sobreviven, existen personas que sufren a costa de dicho tratamiento y no logran pasar, personas que se niegan al tratamiento y logran recuperarse por su cuenta, así como personas que mueren por esa misma opción, la de negarse a recibirlo. Existen realidades tan diversas como defensores fanáticos dispuestos a defenderlas negando las demás. Desde una perspectiva antiautoritaria, la crítica al modelo médico por estos derroteros es bastante superficial y poco convincente. Sobre todo porque es pura ideología negar que la medicina moder-

na sea útil frente a los objetivos que se propone. De hecho, sus objetivos se cumplen con mayor frecuencia que nosotras con nuestros grupos de apoyo, nuestras asambleas de autogestión de la salud y nuestros proyectos de atención sanitaria autogestionada. Los valores y el trasfondo que existan detrás de dichas iniciativas es un asunto aparte. Si el fin es prolongar la vida, con todos los peros que queramos, en los hospitales se consigue constantemente⁶. Otra cosa es plantearse a qué precio se prolonga, qué concepción de recuperar la salud conllevan dichas prácticas médicas, si las radiaciones implican consecuencias que se pagan en el futuro, si las amputaciones remedian la situación momentáneamente sin llegar a sanar el cuerpo... todos son asuntos que vienen ligados a unas prácticas que, en efecto, sin ninguna

6. Aquí no entramos a valorar la mortalidad que se da dentro de los hospitales, ni las muertes por ingesta de medicamentos, por centrar la atención en la función médica, más que en sus daños «colaterales». No por restar importancia a estos asuntos, sino por señalar otros más desapercibidos.

duda son invasivas y totalitarias, tanto como el mundo en el que vivimos, y como muchos de los factores externos determinantes del cáncer. Susan Sontag⁷ ya apuntó en la década de los 70, mientras atravesaba un cáncer, la similitud del tratamiento con el ejército y, en consecuencia, el lenguaje militarista de la medicina. Las células malignas son invasivas y colonizan el cuerpo. La radioterapia funciona como bombarderos aéreos que intentan neutralizar las células enemigas, la quimioterapia se lleva a cabo como una guerra química contra la insurgencia que se propaga, y es de notar que los daños colaterales y las pérdidas involuntarias se tienen en cuenta como fin que justifica los medios, tanto en el territorio invadido como en el cuerpo.

Lo que queremos plantear aquí va más allá de decir lo que está bien y lo que está mal. Posicionarse de palabra es absurdo en estos

7. Escritora y ensayista estadounidense que en los años 70, a raíz de experimentar el cáncer en primera persona, relató su perspectiva en *La enfermedad y sus metáforas* (1978).

temas en donde la experiencia te da guantazos cuando te enfrentas a la vida o la muerte de un ser querido. Podríamos decir que el orden social actual utiliza la medicina para arreglar esclavos que sigan produciendo mercancías⁸, pero más allá de un análisis teórico y político de la realidad que corra el peligro de enquistarse en una abstracción ideológica, lo cierto es que solemos aceptar sus mecanismos y pasar por el aro técni-

8. Afirmar que la medicina oficial arregla esclavos para que puedan seguir produciendo mercancías es algo que para la mayoría de la gente, en el mejor de los casos, no dice demasiado, pero en el más corriente de estos, supone una barbaridad que genera rechazo. Muy lejos de buscar con esta aclaración el ganar adeptos que se sumen a dicho mensaje, parece importante facilitar la comunicación. Para ello, un ejemplo. Un extracto sacado de un artículo del periódico *El País* del 26 de abril de 2013, que trata sobre la predicción, por parte de las autoridades médicas, de una epidemia de cáncer en Latinoamérica durante los próximos años en caso de no poner los medios adecuados para frenarla. «El texto calcula las pérdidas económicas que genera la enfermedad en el continente, no sólo del tratamiento y los medicamentos, sino del impacto en la economía por la pérdida de vidas en edad de trabajar. Los expertos calculan que produce un agujero de cuatro mil millones de dólares. Los costos aumentarán si los gobiernos no toman medidas para frenar el impacto del cáncer». Literal, se podrían llenar hojas y hojas de análisis anticapitalista, pero los periodistas lo sintetizan todo en un párrafo.

co-industrial cuando la enfermedad llama a nuestra puerta. Esta limitación es de reconocer y visibilizar, porque no puede haber salida alguna a este orden social impuesto si no partimos de esa falta de autonomía en la salud que aceptamos cuando la sanidad nos otorga su atención en la práctica. Con dichos tratamientos o sin ellos, el apoyo entre cercanos, sin intermediarios, es siempre una práctica que juega en nuestro favor. Acompañar con consentimiento requiere hacerlo por encima de estar de acuerdo o no con las decisiones que se toman tras la voluntad de una persona.

El tránsito de la servidumbre moderna, lo que ya existe, a la necesidad de servidumbre, es una transformación ya palpable en muchos ámbitos de la vida. Es ahí donde unos cuantos ya han indagado y en la dirección en la que nos gustaría apuntar. Esto significa que el contexto ambiental en el que vivimos y las condiciones materiales a las que nos vemos abocadas determinan unas soluciones o

unos remedios para poder soportarlas que sólo están al alcance de algunos. Es decir, los expertos, los especialistas, los fabricantes de remedios a los inconvenientes que surgen como consecuencia del sistema de producción. Sus consecuencias, sus daños colaterales, sus efectos secundarios, albergan la única posibilidad de ser contenidos, atendidos o reducidos, no necesaria ni corrientemente solucionados, por una tecnología proporcionalmente tan compleja como el origen de la consecuencia.

Un ejemplo: el suelo. La fertilidad de la tierra cada vez está más deteriorada por la actividad agroindustrial. De la misma manera, la desertización del planeta sigue su curso. El papel de la biotecnología es conseguir que eso no sea un inconveniente para que el sistema capitalista siga avanzando y, por ello, perfecciona y amplía sus conocimientos a través de la modificación genética de las especies. Podría darse una situación hipotética en que sólo ciertas plantas modificadas ge-

néticamente fueran las capaces de sobrevivir ante un suelo tan degradado.

¿Quién podría entonces negarse al consumo de transgénicos, a que lo consumieran sus hijos, o a que se cultivara en sus tierras? ¿Quizás un enajenado? ¿Puede que una egoísta? O algo peor, ¿un terrorista? Nadie se plantearía que el problema está en las causas de la degradación del suelo, sino que todos apuntarían hacia la exclusión de quien antepone sus principios éticos y/o políticos por encima de que la gente se alimente. ¿Resultado? El remedio creado (transgénico), destinado a evadir el efecto secundario (la destrucción del territorio), producido por una causa proporcionalmente tan compleja como la modificación genética (técnicas agroindustriales), generan la necesidad de servidumbre, la necesidad de unos expertos que determinen qué se come, todo ello a través del discurso del bien común. Cualquier disidencia queda aplastada por la evidencia de que sin modificación genética no hay

alimento. Adaptación o exclusión. Como la vida misma.

Ocurre exactamente igual con nuestra salud dentro del sistema sanitario y bajo la industria médica. Simplemente cuesta más aceptarlo porque, bajo el discurso dominante, la ciencia y la medicina son asuntos neutrales, objetivos y, por lo tanto, exentos de intención política.

Todos los intentos de una parte de quienes anteponen la medicina natural como eje principal de su salud parece que van destinados únicamente a hacerse hueco en el mercado capitalista, pues aceptan la complementariedad con la medicina oficial en los tratamientos a los malestares generalizados de la gente. Por otro lado, está la parte que pretende vendernos que la medicina oficial no es necesaria y que con unas cuantas plantas podemos curarnos de las situaciones de salud deteriorada que nuestros cuerpos viven en la actualidad. Empresarios

y gurús, ese es el panorama de la cara amable del capitalismo «verde» y «terapéutico», con sus productos ecológicos y sus comprimidos naturales. Es natural que unas plantas no puedan frenar enfermedades que se propagan por razones sobre las que la naturaleza no responde. La naturaleza no entiende de uranio empobrecido, radiación, pesticidas, toxicidad química. Si no politizamos el malestar, desmitificando toda ideología que se anteponga a la experiencia cotidiana, no exclusivamente profesional, ni clínica, sino fundamentalmente vivencial, es decir, al alcance de todas, independientemente de su *curriculum vitae*, no podremos separarnos de quienes entienden la enfermedad como un negocio y la salud como un sinónimo de normalidad capitalista. No se trata de aspirar a situaciones idílicas ni de llenarse la boca con teorías globales y teleológicas, sino de debatir en nuestros contextos más cercanos si queremos un mundo gestionado con los medios que podemos entender y aprender a manejar, o queremos un mundo como el que

avanza, donde el talante ético de la investigación oncológica actual se basa, entre otras prácticas, en la creación de animales transgénicos «humanizados» para probar en ellos los efectos de los fármacos antitumorales⁹.

9. Información extraída de trabajos a cargo de Carlos López-Otín, catedrático de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Oviedo.

La dócil observación de las leyes, los paréntesis carcelarios en los que se encierran los deseos, que precisamente en cautividad se transforman en una triste contrafigura de ellos mismos, debilitan el organismo tanto como la contaminación o la medicación forzosa.

El cuerpo y la revuelta.
Máximo Passamani.

III.

Sabemos que nadie está exento de contraer un cáncer, independientemente de que todas podamos tener nuestras predisposiciones concretas a enfermar de unas formas u otras. Morfina para calmar el dolor, neurolépticos como el haloperidol para suprimir posibles delirios de la última fase, desgaste emocional de comprobar cómo una persona se transforma poco a poco dando pasos agigantados hacia el descanso, la muerte, son algunos de los momentos de resignación en el acompañamiento. Nunca podremos decir que murió de apatía, de ganas de vivir e incapacidad para encontrar vida en este recinto carcelario del trabajo a casa y de la baja por depresión a la televisión por cable. Nunca podremos decir

que murió de sufrimiento por los traumas no resueltos, por la violencia familiar y la falta de desahogo. Nunca podremos decir que murió bajo el paraguas de una estructura patriarcal de relaciones desiguales y ausencia de cuidados elegidos. Nunca podremos decir que murió por Monsanto, Bayer, Marlboro o Repsol. Nunca, porque nadie es del todo responsable, nadie deja rastro. Sólo importa el cáncer, la superficie, el resultado. Lo demás es osadía, exageración, desviación.

La eugenesia que se practica con el consumo de alimentos bio/eco, más fáciles de adquirir cotidianamente para gente sin problemas económicos que para quienes obviamente tienen otros asuntos en los que gastar su tiempo que dedicarse a la preocupación por los antioxidantes y la alcalinización del cuerpo, no debería confundirse con la certeza de escapar del cáncer.

Si el exceso de consumo de carne animal o la poca ingesta de frutas y verduras frescas

puede ser un factor de riesgo para desarrollar un cáncer gástrico, por ejemplo, está claro quiénes van a poder tener mejores cartas en la baraja para sobrevivir en el contexto de supermercado en el que vivimos. Sin embargo, nada garantiza una salida y es ahí donde entra el concepto de salud como mecanismo de control y aislamiento. La falsa creencia de poder escapar individualmente a las inclemencias ambientales y sociales generadas por la economía nos presenta una sociedad de seres asustados constantemente por lo que tocamos, lo que comemos, lo que bebemos, lo que respiramos o en donde nos tiramos... La libertad individual propia de la sociedad postindustrial en forma de infinidad de estilos de vida, infinidad de dietas a la carta, infinidad de recetas terapéuticas... En definitiva, infinidad de maneras de separarnos en lo cotidiano, fracturando las posibilidades de comunidad, que sólo se puede construir en torno a unas necesidades materiales comunes.

Son esas necesidades comunes las que se pueden encontrar en el campo de la lucha, entendido en su marco más amplio y diverso, es decir, lo que sitúa a un individuo como parte de un grupo que, independientemente del número, se juntan para hacer y deshacer. Todas esas maneras de encontrar se van tejiendo unos vínculos que generan salud, reciprocidad y deseo.

Nunca nos creemos del todo la fuerza de las redes de apoyo que, con miles de carencias, tejemos a la hora de ocupar casas, sostener espacios políticos, cultivar huertos, organizar actividades, formar asambleas o grupos de apoyo, hacer marchas, compartir necesidades, oponernos a infraestructuras institucionales o abrir proyectos convivenciales, por poner unos cuantos ejemplos. Siempre suele tener más peso la efectividad de un antidepresivo.

Quizás porque el resultado es más rápido e inmediato. No requiere de un proceso ni

admite altibajos ni riesgos. Es así, siempre igual de efectivo, siempre igual de inefectivo, pero seguro.

Las prótesis de vida, es decir, los dispositivos tecnológicos, las conductas autodestructivas y los hábitos nocivos en los que nos vemos envueltos en mayor o menor medida, pues todas nos implicamos en las luchas de distinta forma, bajo distintas etapas, circunstancias, maneras de entender y procesos propios, se vuelven cada vez más prescindibles cuando el sentido de luchar se hace palpable y real. Eso no quiere decir que prescindamos de estos del todo. Por incoherencia, pero también por necesidad de no caer en el aislamiento y por lo inevitable que resulta utilizarlos para soportar situaciones de la vida cotidiana.

Vamos con los cascos metidos en los oídos porque nuestra música nos resulta más interesante que lo que puedan decir las personas que hay cerca. Quizás no haya ni posibi-

lidad de escuchar nada pero asumimos ese momento de aislamiento. Una implicación en la transformación social abre la atención hacia las personas mayores, que tantas ganas de hablar suelen tener y tantas experiencias tienen para contar, exagerar y/o repetir. La necesidad de escuchar a las personas mayores cuestiona nuestro dispositivo y, al margen de que lo sigamos utilizando o no, ya no lo vemos como algo natural, sino como algo ajeno que podemos utilizar o no. Las ganas de desahogo de quienes tenemos al lado, o de nosotras mismas, se ven satisfechas con dicha decisión. Es tan sólo un pequeño ejemplo. Otro, el de la televisión, que va teniendo menos espacio, aunque no sea por una decisión explícitamente consciente de abandonar dicho aparato, el tiempo que se da al encuentro entre iguales, reduce la actividad mediada por los accesorios tecnológicos, importantes para destruir o asimilar colectividades, atomizar momentos cotidianos y suprimir posibilidades comunicativas sin intermediarios en la calle.

El contacto directo con los alimentos que comemos, la alegría de acompañarlos en su crecimiento, y la forma de reparto al margen del dinero, del intercambio mercantil y de la propiedad privada, evita el paseo depresivo por el pasillo del supermercado, y la espera en la cola. Genera salud, no tanto por la calidad del alimento cultivado sin productos químicos, sino por la relación directa, colectiva y compartida que puede suceder en dichos momentos. La acción directa genera vínculos más fuertes e íntimos con las personas; se actúa en la calle sin consultar a ningún organismo. Se antepone una ética compartida a la ley, se adquiere confianza individual y colectiva, se aprende a medir las fuerzas y a marcar límites propios. Se añade riesgo, lo que puede generar aprendizaje a la hora de afrontar miedos. Se aprende a valorar las necesidades de los demás de manera similar a las propias.

Los centros sociales no son sólo espacios donde guardar libros y dar charlas. En di-

chos lugares se generan muchas situaciones. Se convierten en espacios de desahogo. Hay personas con un fuerte grado de aislamiento que se acercan a ellos no por los libros ni por los discursos políticos, sino para hacer lo que harían frente a un terapeuta si no cobrara la hora. Probablemente no encuentren personas que puedan cubrir adecuadamente sus necesidades, pero encuentran compañía. Debatir no implica sólo enfrentar egos o encerrarse en la teoría. De la práctica a dicha teoría transcurren momentos en los que nos miramos a los ojos, aprendemos a escuchar, a respetar los espacios y las diferencias, a cuestionarnos por dentro, a vernos vulnerables y a elegir entre aparentar o ser honestas. De estos surgen a veces proyectos en los que las personas se implican hasta tal punto de dejar un poco más de lado sus proyectos personales.

Pero es en esta búsqueda de necesidades materiales comunes que pueden construir comunidad donde la idea de salud como

método de control y aislamiento se reproduce en los movimientos sociales, desde los más ciudadanistas a los pretendidamente antagonistas. Esa idea de salud en forma de coherencia, de pureza o de entereza. Una abstracción que nos conduce a desarrollar comportamientos y relaciones sociales poco sinceras, en aras de alcanzar, perseguir o preservar la supuesta salud, la supuesta coherencia o la supuesta pureza de nuestras ideas y no entender la diferencia entre lo que somos y lo que aspiramos ser. Bajo una perspectiva autómatas que no tiene en cuenta las diferencias de cada contexto social y que no mide la coherencia como una suma de imperfecciones colectivas, habladas y reconocidas, sino como una declaración identitaria que demostrar al resto. Al igual que socialmente no se ve la salud como una suma de enfermedades compartidas, acompañadas y respetadas, sino como una abstracción encerrada en un cuerpo idílico, limpio, joven y pulcro. La salud y la enfermedad se construyen en base a un contexto cultural y social,

y el desarrollo tecnoindustrial condiciona todo este proceso. Lo mismo pasa en los círculos contestatarios, también contruidos socialmente y atravesados por la miseria del sistema de producción industrial y sus sucedáneos de vida.

No podemos luchar contra el cáncer, tan sólo acercarnos a entender por qué surge en nuestros cuerpos y se propaga en la actualidad. Lo que sí podemos es luchar contra un sistema que se sostiene gracias a muchos, que no todos, de los determinantes de dicha enfermedad. Eso es lo único que está en nuestras manos. Aprender a cuidarnos mientras luchamos contra un sistema enfermizo, sin caer en la fe de los espejismos terapéuticos que ofrece el capitalismo para perpetuarse, y ningún ánimo de vender soluciones ni recetas a nadie a la hora de oponernos a su lógica. Politizar el malestar y señalar a quienes ponen precio a nuestros cuerpos, y se lucran con nuestras vidas. Compartir el descontento y acompañar nuestras enfermeda-

des como respuestas naturales a situaciones adversas. Aprender de las experiencias que la vida nos da y recordar a quienes dejan su mensaje antes de dejarnos.

Tan sólo eso.

De qué sirve permanecer en vida si ésta ya se ha ido, de qué sirve permanecer en ella si no sacamos fuera lo que clama por salir, si no guardamos dentro lo que nos sana tener guardado. Todo es demasiado abstracto, cierto. Un amante de la razón diría que no hay fundamento, un psiquiatra probablemente lo mismo. Un consagrado del ámbito universitario albergaría una risa prepotente que no tardaría en sacar fuera para permitir aliarse con la multitud y repetir como un loro «Eso carece de base científica». Sí, sin ninguna duda. De la misma forma, un amante de la holística, un psicoanalista, fans de lo esotérico y gurús de la medicina natural darían más importancia a lo que realmente tienen unas cuantas palabras vertidas a modo de terapia.

